

LAS CARTAS ÍNTIMAS DE DON VENTURA DE LA VEGA

GERARD FLYNN

En mayo de 1853 un caballero español emprendió un viaje a París y Londres que iba a alejarle de España cuatro meses. Era un caballero a carta cabal: poeta, tutor de la reina, amigo de artistas, musicólogos, políticos y soldados, y casado con la bella cantante de ópera, Manuela Oreiro. En el conocido cuadro de Antonio Esquivel, *Los poetas contemporáneos* (1864), este caballero se encuentra en el centro del lienzo, vestido de gabán café pastel, a diferencia de los demás claros varones, que vistían de negro. Este caballero se llamaba Ventura de la Vega.

Por aquel entonces Vega había ya escrito *El hombre del mundo* (1845), *La crítica de El sí de las niñas* (1842), *Don Fernando de Antequera* (1847), y numerosas traducciones del teatro francés. Doce años más tarde había de estrenar una de las tragedias más estimadas del siglo XIX, *La muerte de César* (1865). Pero ni sus contemporáneos ni la posteridad se ha fijado en las cartas que dirigía Vega durante aquel verano de 1853 a su mujer, Manuela, aunque es posible que éstas sean su contribución más duradera a la literatura española. Es menester, en tal caso, examinar y comentar esta faceta de la obra veguiana.¹

En primer lugar, el lector da con la actitud de Ventura de la Vega para con el tiempo—días, horas, y minutos—que llega a ser obsesión. Una carta, él dice, tarda más en llegar desde Madrid a Londres que una carta al revés, o sea, desde Londres a Madrid:

La regla es que las cartas entre Madrid y Londres estén cinco días en camino, es decir, tu carta del 8 sale de Madrid ese día por la tarde, está en el camino el 9, 10, 11, 12, y 13, y el 14 por la mañana la recibo aquí. Así llegan todas las tuyas; sólo ésta y otras dos se han detenido. Menos tardan en llegar a ti las mías, pues me dices hoy que el 7 recibiste la mía del 2; esto lo causa la detención en París, pero como ya me voy a marchar allá, no debemos alterar el método. (*Cartas íntimas*, pp. 92-3)

Para que no se crea que Vega habla aquí únicamente como marido solitario, separado de su familia, téngase en cuenta que en cada carta cita expresamente la hora en que sale de hotel o casa, y la hora en que vuelve, o la hora cuando toma un tren o presencia una revista de soldados, o echa una carta al correo, o en que cena o ve una ópera, o encuentra a un amigo. A veces vincula el tiempo con la distancia. Vega escribe:

... a las siete salí de Southampton, y a las nueve y cuarto estaba en Londres, es decir, he andado cincuenta y seis leguas en cuatro y media horas.

Se ve otro ejemplo de su ansiedad temporal en un trozo mencionando la llegada de la duquesa de Alba a París: a los diez minutos se sabía esta noticia en Londres, y a la media hora la noticia corría impresa en los periódicos. Esta preocupación temporal demuestra que Ventura de la Vega compartió un rasgo muy decimonónico: medía la vida cuidadosa y conscientemente, reduciéndola a segmentos temporales.

Otro tema principal del Vega de las *Cartas íntimas* es la salud. Sus palabras nos hacen recordar *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja, y la actitud de Andrés Hurtado, contrafigura de Baroja, acerca de enfermedades, comidas, aire fresco y baños, y su poco respeto por médicos y medicina. Se ve mucho de lo mismo en Vega, aunque éste guarda respeto al médico de casa, Corral. Vega se preocupa por la salud de sus hijos, Ricardito, Ventura, Manuel, y Pepito, por la de su mujer y de sí mismo. El se siente mejor en Londres, donde hace más fresco que en Madrid; dice que puede comer más y mejor en Londres sin perjudicarse. Las últimas cartas están llenas de inquietudes por la salud de su familia porque, al parecer, su hijo Manuel era enfermizo, aunque, según la última carta, del 9 de septiembre de 1853, fue su hijo Ventura quien murió. Hay una laguna de más de cinco semanas entre la penúltima carta de la colección, fechada el 1 de agosto, y la última, del 9 de septiembre. Ha de inferirse que su familia expurgó las intermediarias de la colección publicada. ¡Cuesta creer que este tierno paterfamilias no escribiera a su mujer durante toda aquella crisis de agosto de 1853! Sea ello como sea, el efecto artístico de la expurgación es notable, creando un fragmentarismo que conduce al lector hasta el umbral de un suceso dramático, dejándole allí sin conclusión concreta. En las *Cartas íntimas* tenemos más de cien páginas de cartas, escritas regularmente, cada semana, a la madre de una familia; entonces se ve una crisis, un padre aterrado, una brecha en las misivas que deja pasmado al lector, y por fin una sola carta anunciando la vuelta del autor a España y al seno de su familia. Y esto último contado de la manera más natural. Vega ha comprado una carretela para Manolito y Pepito y piensa regalársela al llegar a Madrid.

Debemos detenernos un momento para considerar el estilo de estas cartas íntimas. Vega lo observa todo y lo describe todo, sencilla y claramente para que su familia comparta sus experiencias en el extranjero. Todo: incluye, por ejemplo, un viaje por diligencia, los teatros, la ópera, Napoleón III, la emperatriz Eugenia, el dinero, el día domingo en Londres, la abadía de Westminster, el Támesis, la galería de figuras de cera, los soldados, el modo de llamar a la puerta en Inglaterra, la *Politécnica*, la policía, la reina Victoria y su consorte Alberto, un *waterpruf*, el Museo Británico, el Banco, la cervecería Perkins, fuegos artificiales, una iglesia, el hospital de marinos retirados, el boxear, un buzo (el primero que ha visto Vega en toda su vida), una exposición de flores, una joyería, una sesión espiritista, un almacén, una carretela comprada en París, el ferrocarril, etcétera: no pasa por alto nada, en absoluto. Mil fenómenos le salen al ojo, los observa, y los relata fielmente, o por mejor decir, relata simplemente lo necesario para la plena comprensión del lector. He aquí dos ejemplos, el *boxear* y el *buzo*:

He comido con mi antiguo camarada Bistegui, y por la noche hemos ido a ver el *Box* que es una sala grande rodeada de escaños para los espectadores, y en medio un tablado cuadrado con barandilla, donde suben dos ingleses a *boxear*, esto es, a pelearse a puñetazos, que es la manera de batirse aquí el pueblo bajo: pero en esta sala lo hacen llevando en las manos unos guantes de ante enormes muy rellenos de lana, de modo que no pueden hacerse daño y se ve la habilidad; es una especie de sala de *esgrima*; sin embargo, se ponen la cara como un tomate. Es una barbaridad; pero he querido ir para que no me quede nada que ver.

Y aquí están las palabras de Vega sobre el buzo:

Después de comer hemos ido por segunda vez a la *Politécnica*, de que ya te he hablado. Hoy he visto una cosa curiosa, que es bajar un hombre al fondo del agua con un aparato que se ha inventado. Se pone primero un vestido de lana muy grueso, para que no le penetre la humedad; luego otro encima de una tela muy fuerte impermeable, y se cubre la cabeza con una especie de casco de hierro bruñido que le baja hasta el pecho; este casco tiene delante de los ojos una como vidriera, por donde se ve, y otras dos a los lados; y como el casco descansa sobre los hombros, puede girar la cabeza dentro de él y mirar a todos lados. Por detrás del casco hay un agujero con una manga impermeable de muchas varas de largo, cuyo extremo superior queda fuera del agua, y por allí entra el aire para que respire. Atado el hombre a una cuerda muy fuerte, bajó a un estanque de agua bastante profundo que hay en el centro de un salón del establecimiento, y estuvo andando por el fondo más de un cuarto de hora. Por este medio han bajado, poco ha, al mar, en el punto en que se fue a pique el navío inglés *Real Jorge*, y han sacado cañones y otros objetos después de cincuenta años que llevaban de estar en el fondo. A las ocho y media salimos de la *Politécnica* . . .

En cuanto al estilo de estas cartas, Vega nos lo explica en una ocasión, sin darse cuenta del valor crítico de sus palabras. En la misiva del 3 de julio de 1853 escribe:

Sin que sea modestia, que contigo no la afectaría, te digo que eso que llamáis mis *Memorias* no creo que valen lo que me dices; yo las escribo sin más pretensiones que las de contarte muy sencillamente lo que veo, y sin que me haya pasado por la cabeza un momento que pudieran salir de entre nosotros. A Pepe le ciega el cariño de hermano; para que eso pudiera publicarse era preciso que estuviera escrito de otro modo, con más corrección de estilo, sin un millón de repeticiones que cometo, porque no pongo cuidado, y con observaciones que omito en las cartas por falta de tiempo.

La mujer de Vega, Manuela, y su hermano Pepe saben que las cartas mandadas semanalmente por Ventura desde París y Londres no son ordinarias, de noticias basadas en hecho, sino *memorias* y así las apodan, porque son pequeños monumentos por los cuales la posteridad podrá ver y revivir las glorias de una época. Por ejemplo, Vega caracteriza el furor filarmónico del siglo XIX, y mediante sus cartas lo podemos presenciar. Otro ejemplo: Vega, que nació en Buenos Aires en una familia vinculada a Juan Manuel Rosas, visita a éste, exiliado en Southampton, y nos hace ver otra fachada del caudillo argentino. En la última carta inglesa, fechada el 21 de julio de 1853, escribe la siguiente caracterización:

Rosas es el carácter más original, más raro, más sorprendente que te puedas imaginar. No sé si para cortar cuando le parece alguna conversación, o para disimular su pensamiento, o para desconcertar al que le habla, te encuentras con que pasa repentinamente del tono más elevado, del discurso más serio, a una chapaldita de lo más vulgar, a la cual siguen otra y otra, entre muchas carcajadas, y de allí a un rato vuelve insensiblemente a entrar en el tono serio, y entonces dice, hablando de política, cosas admirables. Decían que sólo tenía talento natural y que era poco culto; no es cierto. Es un hombre instruidísimo, y me lo probó con las citas que hacía en su conversación; conoce muy bien nuestra literatura, y sabe de memoria muchos versos de los poetas clásicos españoles. Con él me estuve hasta las seis y media, en que me levanté para marcharme, porque el convoy salía a las siete Al despedirme de Rosas me dio un abrazo, y cuando yo me marchaba, me llamó y me dijo dándome otro:—Este por su madre

Un trozo como éste exige que el lector ponga en tela de juicio la opinión general sobre Rosas, fijada por Sarmiento.

Además del tiempo y la salud, otro tema principal de las cartas es el tamaño físico de las cosas. Vega queda atónito al ver las dimensiones de los toneles en la cervicería Perkins; midiendo más de cuarenta pies de diámetro, en estos toneles se sirvió una cena al mariscal Soult y su comitiva cuando las bodas de la reina Victoria. La abadía de Westminster también le deja maravillado, puesto que, según él, el Escorial es poca cosa comparada con ella. Y este sentido de admiración delante de lo inmenso de grandes objetos, como edificios, fábricas, calles, o el túnel cavado bajo el Támesis, se refiere a veces a medidas menos físicas. En la carta del 11 de julio Vega visita el Banco donde hacen monedas e imprimen billetes, y registra sus impresiones así:

Volviendo al Banco te diré que el hombre que tenía las llaves de aquellos armarios, que era un viejecito muy limpio y muy colorado, con su corbata blanca y su frac negro raidito, pero muy cepillado, abrió otro donde estaba guardado el papel-moneda, y tomando un paquete de billetes atado con un bramante, paquete que tendría unos cuatro dedos de grueso, me lo puso en la mano, diciendo con una sonrisa muy natural; *one million*, que quería decir un millón. Es decir, que tuve en mi mano un millón de libras esterlinas, o lo que es lo mismo, cinco millones de duros, es decir, ¡cien millones de reales!

Esta sensibilidad para lo grande también se ejecuta en los espectáculos, en unas maniobras militares en que los escoceses vestidos de faldelines toman una cima defendida por otros soldados, o una exhibición de cohetes en que se simula una batalla naval.

A mi parecer, lo mejor de estas cartas son las bagatelas, momentos en que Vega explica varias menudencias a su mujer. En una carta fechada el 14 de junio relata cómo los ingleses llaman a la puerta:

Cada casa está habitada por un solo inquilino o dueño que la ocupa toda, y tiene cerrada la puerta de la calle: en el modo de llamar se conoce quién viene. Los criados y demás gente humilde dan un golpe, las visitas uno y repique, el amo de casa tres y el carterero dos. Por la noche todo está alumbrado de gas como en París: de trecho en

trecho veía unos faroles de color: pregunté y me dijeron que era la señal de que allí vivía un médico: si es médico cirujano azul y encarnado: ya ves qué excelente costumbre.

En otro trozo Vega explica a su mujer lo que es un abrigo impermeable, agregando una pequeña lección sobre la lengua inglesa.

Quisiera terminar diciendo que en su largo ensayo sobre *Amiel*, Gregorio Marañón ha dicho que si se quiere entender la historia de un país no basta estudiar a los Napoleones y las Austerlitz, sino que es preciso observar las pequeñeces, el interior de una sala por ejemplo, los uten-

silios de ella, o la indumentaria de un hombre que se levanta por la mañana y se viste. Y éste es el valor de las *Cartas íntimas* del pequeño observador, don Ventura de la Vega. Viajando a París y Londres a mediados del siglo XIX, ha visto y anotado una serie de fenómenos, los más de ellos minuciosos, y los ha captado en una prosa sencilla y llana, así preservando para nosotros ciertas fachadas ignotas de la civilización decimonónica.

Espero que esta ponencia tenga por resultado que algunos lectores vuelvan a fijarse en un pequeño clásico olvidado, las cartas del claro varón, Ventura de la Vega.

University of Wisconsin-Milwaukee

¹ Hay dos ediciones de las cartas de Vega, conviene a saber, las *Cartas inéditas*, en la *Revista de España*, tomo XXXI (Madrid: Imprenta de J. Noguera, 1873), pp. 367-86, 433-50; y tomo XXXII, pp. 48-63; la otra

edición es las *Cartas íntimas de Don Ventura de la Vega* (Madrid: Imprenta de la Galería Literaria, 1874). Esta incluye una carta final que falta a la colección publicada por la *Revista de España*.